

RUTINA, ZANAHORIAS, Y UNA CAMISA.

El señor Boring era una persona sencilla a la que le gustaba la tranquilidad. Amaba la rutina. Tenía 63 años, era pescador, y no se relacionaba prácticamente con nadie. Todos lo consideraban un ser extraño, algo así como un ermitaño. Cada día se levantaba de su cama pequeña a las ocho y media de la mañana. Ni un minuto más. La puntualidad era para él muy importante, aunque ello sólo implicara estar a su hora favorita en el muelle. Preferiblemente cuando no había mucha gente. Después de levantarse, el señor Boring se lavaba la cara en una pila de yeso muy blanca que contenía agua limpia y cristalina, pero helada. Se secaba la cara en una toalla de color amarillo claro, y se miraba al espejo. Tenía los ojos de un color azul muy claro y profundo, como el mar que veía cada día. Una pequeña nariz puntiaguda estaba plantada en el centro de su cara delgada y pálida, dándole el aspecto de un muñeco de nieve al que el viento hubiera raspado durante el largo invierno, hasta haberle quitado dos grandes trozos de su fría cara, dejándola fina y demacrada. El señor Boring tenía unas orejas pequeñas, y una boca fina, pequeña, y pálida. Se podría decir que todo en aquel hombre era fino, pequeño, y pálido. Hasta su interior, su personalidad y su alma, eran finos, pequeños, y pálidos.

Bajó las estrechas escaleras para dirigirse a la cocina. Estaba pintada de azul añil. Preciosa. Todos los días, el señor Boring desayunaba un trozo pequeño de pan untado en mantequilla, y un tazón de leche muy caliente. Se lavaba los dientes, y se vestía. Siempre igual. Una camisa suelta de manga larga de color azul marino, un pantalón negro, también suelto, y unas chancas azules. Salía de casa y caminaba por un camino pedregoso, con los primeros rayos de sol dándole en la espalda. El mar se podía ver desde su casa, estaba muy cerca. A las nueve en punto estaba en el muelle, que,

naturalmente estaba vacío. Sacó la caña de pescar, preparó el cebo, y lanzó la caña al mar.

Ese día almorzó bien, había sido una buena pesca, ya que consiguió coger 17 brecas, lo cual no estaba nada mal. Se quedó cuatro, y las otras trece las llevó a la pescadería, donde las cambió por dinero, casi sin mediar palabra.

Se disponía a echarse una siesta, cuando se percató de que algo no marchaba bien. Lo sentía. Había algo extraño. Recorrió toda la casa, hasta que lo encontró. Era eso. Eso era el causante de la rotura de su amada rutina. Ahí estaba, tan insulsa. Era...una carta.

Titubeó, pero al final la cogió, pensando que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ella. Con dedos temblorosos, abrió la carta y empezó a leerla:

Querido señor Boring:

Hoy he ido a la frutería de los Carrot. Son muy simpáticos, y venden unas zanahorias deliciosas, con un sabor extraño y singular. Deberías probarlas. ¿No te cansa comer siempre pescado?

Cordialmente:

X

“¡Demonios!”, pensó el señor Boring. “¿Quién será este tipo que se atreve a intentar romper mi hermosa rutina?”. Aún así, las palabras “extraño” y “singular” despertaron su curiosidad. ¡Bah! Daba igual. Tiró la carta a la basura. Le daban igual las zanahorias de los Carrot tanto como las de los Lettuce. Simplemente, quería dormir la siesta.

• • •

Al día siguiente, el señor Boring se despertó alegre. Se lavó la cara, desayunó, se vistió, salió por el camino pedregoso, llegó al vacío muelle, pescó, fue a la pescadería para

vender tres cuartas partes de lo que había pescado, y volvió otra vez a su pequeña casa marinera. No lo podía creer. “¡Otra vez aquí la maldita carta!”. El señor Boring hizo una mueca de disgusto que hizo que su cara se arrugara, haciéndole aparentar el aspecto casi cómico de una pasa.

Sabía que la curiosidad vencería a la indignación, así que la cogió y la abrió con cuidado, como si pudiese estallar en cualquier momento.

Querido señor Boring:

¿Se ha fijado en la tienda de ropa que han abierto en la esquina? Tiene ropa preciosa. Debería ir a ver.

Cordialmente:

X

“Lo que me faltaba”, “ahora quiere que deje mi cómoda ropa y me ponga una de esas porquerías que se venden en las tiendas”. El señor Boring pensó que lo mejor era olvidar la carta.

• • •

Pasaron los días y las semanas, y el señor Boring seguía con su rutina. Sin embargo, cada vez sentía más deseos de hacer caso a las dos cartas que había recibido. Un día, cuando llegó a su casa después de vender el pescado, se dijo que probar no haría daño, y fue a la frutería de los Carrot. Compró un kilo de zanahorias al sorprendido tendero, y se dirigió a la esquina que nombraba la carta. Entró en la nueva tienda de ropa y miró en la sección de “los viejos”. Encontró una camisa de lino de color verde claro. Era fantástica. Se dirigió al mostrador, donde había una dependienta con cara de malas pulgas que le cobró la camisa mirándolo con incredulidad. Todos en el pueblo conocían

al señor Boring, y era de lo más sorprendente verlo en un sitio en el que pudiera estar en contacto con seres que no fuesen peces.

El señor Boring fue a su casa y se probó la camisa. Se miró al espejo. Quién sabe. Tal vez fuera el momento de cambiar.

V Certamen de Narración Corta "Cipriano Acosta" 2006/07 (IES Bañaderos).

Primer premio, Categoría Primer Ciclo de la ESO:

- **"Rutina, zanahorias y una camisa"**
- **Rebeca Nuez Suárez (IES Bañaderos).**